

Diana, Diana.... ¡hija mía!
 ¿Has oído?... —No, señora,
 Contesta: «dormida estaba»
 Y se ruboriza a solas.
 «Pero ¿quién es —se pregunta,—
 Esa fantasma o persona
 Que me saludó?» Confusa,
 Con las sábanas se arropa;
 Y dormida a quedar vino
 Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,
 Cuando el amante se asoma
 A la puerta de su cuarto.
 Tras su vidriera la forma
 De Diana ver ha creído:
 Su mirada indagadora
 Por el corredor pasea,
 Y sale sin que se oigan
 De la noche en el silencio
 Grave sus pisadas sordas.
 De pie contra el antepecho
 Del corredor ve la sombra
 Que antes siguiera a Diana,
 Y que al llegar él ahora,
 Adelántase a encontrarle
 Y su rostro desemboza.
 —¿Quién sóis? el joven pregunta.
 —Carlos, buenas noches. — ¡Hola!
 ¿Vos en este sitio, Álvarez?

—¿Vos aquí y a tales horas?
 —El fresco a tomar salía.
 —A mí el lecho me acalora
 También. —En esto hay misterio
 Y es fuerza que yo le rompa.
 —Misterio no; y, supongamos
 Que así sea, ¿qué os importa?
 Yo sé que vive en la casa
 Uno de los dos de sobra.
 —Vos sin duda. —No, a fe mía,
 Que veo en Diana a mi esposa,
 Y os juro que al que intentare
 Estorbarlo, aquesta hoja
 Le clavaré. —Por Diana
 Diera vida y alma y honra;
 Pero es vuestra alma, os lo juro,
 Para arrancármelas poca,
 Que escaso valor sin duda
 Encubre facha traidora.
 —Tened la lengua. —Es inútil,
 Álvarez; cuanto usted oiga
 Mi espada en cualquiera sitio
 Y en día cualquiera abona.
 —Niñerías, niñerías!
 Hablemos en pura prosa,
 Porque, os lo diré, Don Carlos,
 Lo novelesco me choca.
 Farsas de capa y espada,
 Según literarias crónicas,
 Puso en la española escena

El buen Calderón en boga;
 Pero Calderón ha muerto:
 Dios le tenga allá en su gloria!
 ¿De nada sirven los años?
 ¿Armaremos trapisonda
 Cual dos imberbes lo harían
 Novicios en estas cosas?
 Desde hoy amigos seamos,
 Y de entrambos ella escoja,
 Y el desechado en paciencia
 Sobrelleve su derrota,
 Que las mujeres abundan
 Y el entusiasmo retoña.
 ¡Ea! Carlos, buenas noches;
 Todo ha sido pura broma,
 Olvídese todo.—Carguen
 Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,
 Cuantos en la quinta moran
 Hacen de la noche día,
 Porque de una puerta próxima
 Al sitio en que estaba Carlos,
 Giran las dos altas hojas
 Cuando éste se va. Una vieja
 Asoma su faz rugosa:
 Gafas antediluvianas
 Sobre la nariz coloca:
 El cuello inmenso alargando

Durante un cuarto de hora,
 Su perspicacia le avisa
 Que a su intento nada estorba;
 Y al fin, saliendo del cuarto,
 Con Álvarez se apersona.
 —¿Has averiguado?...—Es cierto:
 Por él mi ama está loca.
 —Lo sabía.—En cuanto al baile,
 Ocho días le demoran,
 Porque Don Fernando quiere
 Que éste sea un baile en forma.
 Jóvenes amigos suyos
 Han de venir, y señoras
 Convidadas por las niñas.
 ¡Carnestolendas dichosas!
 Bien hayáis! que de tristeza
 Hartas aquí estamos todas.
 —¿Y los disfraces?—Diana
 Prepara el suyo.... una cosa
 Que han dado en llamar dominico.
 —Será dominó.—¡Qué tonta
 Soy! Cabal. ¡Malditos años!
 —¿De qué color es?—La ropa
 De ancho camisón a guisa
 Es de raso blanco, y roja
 La capucha.—¿Su careta?
 —Como de joven hermosa,
 Y tiene por distintivo
 Un lunar sobre la boca.
 —¿Y el traje de él?—Anoche

Supe yo por carambola
 (Pues lo dijo su criado
 Entre reservadas bromas
 A mi sobrina) que encarga
 Hoy la vestidura propia
 Para salir de *Quevedo*;
 Nombre de alguno que mora
 En tierras de la otra banda,
 No sé si en España o Roma.
 —Estuve aquí, buena vieja,
 Esperándote dos horas;
 Pero me has traído al cabo
 Noticias satisfactorias.
 Con el ojo alerta sigue:
 Toma entretanto esta bolsa,
 Y olvídate de que hablamos
 Sobre el asunto una jota.

Cuando Álvarez se retira
 La luna tras alta loma
 Su faz oculta, dejando
 Envuelta la tierra en sombras.
 Murmura un *Ave-María*
 La vieja viéndose sola,
 Y con descarnada mano
 Su rostro santigua hipócrita.
 De su recámara a tientas
 Anda tras la puerta: hallóla
 Y entra por ella temblando,
 Como tortuga en su concha.

V.

Amor inextinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo
 de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas
 de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un
 amigo predice a Carlos lo que más adelante acontece.

CARTA A DIANA.

En tus manos he puesto mi destino:
 Cese la incertidumbre que me acaba:
 Ayer, ayer tu corazón temblaba
 Cuando oíste el lenguaje de mi amor.
 Un extraño después se me aparece
 Que mi esperanza trueca en amargura,
 Porque me dijo: «Esa mujer tan pura
 Tuya no puede ser: tiene señor.»

Anoche, cuando en ti pensaba a solas
 Y por mi ingratitud perdón pedía
 A la imagen de aquélla que algún día
 Único dueño de mi afecto fué,
 Vi tu forma al través de la vidriera,
 Iba a echarme a tus pies entusiasmado,
 Y en tu lugar ese rival odiado
 Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:
 Quiero oír de tus labios la sentencia;
 Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia
 Necesita el tesoro de tu amor.
 Si el afecto no sientes que inspiraste,
 Déme tu labio una esperanza sola:
 El náufrago que envuelto va en la ola,
 Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?
 Bajo mi techo la pobreza mora;
 Ni a mi frente da sombra bienhechora
 De la gloria el magnífico laurel;
 Mas, oye, si acogieras tú los votos
 Del corazón que con su amor se quema,
 Sería para él dicha suprema
 Porque le amaras tú sólo por él.

Entonces mi ambición despertaría
 Para ofrecerte un nombre en holocausto:
 Entonces, como ahora, en medio al fausto
 Brillaría tu célica beldad;
 Y al recordar que cuando yo era pobre,
 Tú con tu amor para endulzar mis días
 De la opulencia descendido habías,
 Me respetara a mí la sociedad.

¡Oh! presta luz a mis nublados ojos:
 Presta a mi corazón seguro asilo:
 Dime que puedo ya vivir tranquilo,

Dime que aceptas mi rendido amor;
 Pero si así no fuere.... al menos dame
 Una esperanza, una esperanza sola!
 El náufrago que envuelto va en la ola,
 Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

RESPUESTA DE DIANA.

Al corazón llegaron tus palabras
 En esa tarde, sí, te lo aseguro,
 Porque tu amor es entusiasta y puro,
 Porque el objeto soy que le inspiró;
 Mas te engañas creyendo que te amo
 Porque mi agitación allí fué mucha:
 Toda mujer que ese lenguaje escucha
 De confusión se llena y de rubor.—

Si ser feliz con el amor pudiera,
 Carlos, mi corazón te adoraría,
 Y con orgullo, sí, compartiría
 Tu pobreza, tu noble oscuridad.
 Mi suerte otra será! Desde la infancia
 Me lo dice fatal presentimiento:
 Yo nací condenada al aislamiento;
 ¡Con sér alguno me uniré jamás!

Desde niña, un deseo indefinible
 Se apoderó de mi alma y la consume:
 He amado de la flor sólo el perfume;
 Más claro aún, he amado lo ideal:
 Y al descender de las regiones puras
 A que el mortal en sueños se sublima,
 Todo, en el bajo mundo me lastima;
 Hallo, de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño
 Enluta el cielo con tristeza suma,
 Cuando juegan los vientos con la pluma
 Que el ave errante al emigrar soltó:
 Y preguntando a alguien si sentía
 Emoción inefable al ver la hoja
 Que el norte arranca y en el fango arroja,
 Mi pregunta al oír, se sonrió.

¿Por qué no me comprenden? ¿Por qué al verme
 Por los bosques errando solitaria,
 Me apellidan la joven visionaria,
 O tachan mi carácter de infantil?
 Tú que en el mundo vives, conociendo
 La enfermedad que en mi interior se esconde,
 Pon la mano en tu pecho y me responde:
 ¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,
 Y he forjado en mis sueños un amante
 Que mi existencia pasajera encante,

Que me dé con su mano el corazón.
 Álvarez me pretende para esposa,
 Hallar correspondencia en mí esperando;
 Pero no le aborrezcas: te lo mando:
 Odio hacia él no siento ni afición.

Renuncia a tu esperanza. Acá en la tierra
 Como ahora, otras veces has amado:
 De tu afecto el tesoro, minorado,
 Sus primicias no puede ya ofrecer.
 Este capricho tuyo pasaría,
 Y rastro de dolor en mí dejara;
 Diverso amor a poco te ocupara,
 Y la pobre mujer ama una vez!

Si a la tuya enlazara yo mi suerte
 Y disipado tu cariño viera,
 ¡Cuánta mi desventura entonces fuera!
 ¡Ay! a tu lado ¡cuánta soledad!
 Si de mi fe dudarás y tus labios
 Una palabra me dijeran fría,
 ¡Una sola palabra! moriría
 Cual ave sin calor ni libertad!

Leíste ya como en abierto libro
 En este corazón... Falta una hoja,
 Y el seguirla ocultando me sonroja:
 Tendré para enseñártela valor.
 Pudiera amarte yo... ¡quizá te amo!
 Hago esta confesión a un caballero;

Pero escúchame, Carlos, yo lo quiero:
Nunca vuelvas a hablarme de tu amor.

D***

CARLOS A SU AMIGO J.***

Yo soy el más feliz de los mortales:
Mira esa carta que escribió Diana,
Y cuéntame si hay ventura humana
Que a la mía se pueda comparar:
Dime si es suficiente nuestra vida
Para amar a esa joven hechicera:
Di si mi afecto amortiguar pudiera
En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,
Cuando yo mismo pienso como ella;
Si en él la luz que fúlgido destella
El ingenio en su aurora descubrí?
Doblemente la adoro: ella me ama.
¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?
Impóneme silencio su capricho;
Mas soy feliz.... ¿qué importa el porvenir?

Del corazón el júbilo desborda:
Necesito esplayar mi sentimiento,
Como, agitado por el recio viento,

Lecho más grande necesita el mar.
¿A quién mejor que a ti comunicarlo?
Respóndeme y aumenta mi alegría:
Dime que envidias la ventura mía;
Que jamás como yo supiste amar.

CARLOS.

RESPUESTA A CARLOS.

He amado como tú.... mi alma entusiasta
Prodigó acá en la tierra su ternura,
Y una vez y otra vez en la amargura,
Cosecha de su anhelo, se anegó:
Como el fénix, amante revivía;
Como el árbol, su pompa restauraba:
Llegó día en que el árbol seco estaba,
Y hojas nuevas a echar nunca volvió!—

No puedes figurarte la tristeza
Con que mi juventud hoy echo menos,
Mirando el esplendor de la belleza
Concedida por Dios a la mujer;
Mas si en la playa estoy, viejo marino,
Libre ya del naufragio, desde lejos
Doy siquiera mis útiles consejos
Al que en los mares, como tú, se ve.